



LA OFICINA-DE-CONTAR-MUERTOS-ENEMIGOS

WASHINGTON.—Una de las cosas que más impresionan a las gentes de estas latitudes es la exactitud con que se lleva la cuenta de los caídos en Indochina. Ningún aspecto de la guerra es tratado con tanta exactitud científica como el de la contabilización de los cadáveres del enemigo. Y así sabemos con precisión absoluta cuántos miembros del Vietcong mueren cada día.

La Oficina-de-Contar-Muertos-Enemigos se halla enclavada en el Pentágono y cuenta para sus servicios con un personal de 23.678 empleados. El director, un tal Hammersmith Moody, bien puede ser llamado con el título de Padre de la Cuenta de Enemigos Caídos.

"Cuando comenzó la guerra —ha dicho Moody—, contar los muertos del adversario era una cuestión muy problemática: nuestros muchachos iban al campo de lucha, disparaban, quemaban aldeas, para telefonar luego a Saigón dando una cifra de muertos. La cifra total no podía establecerse sino después de haber interrogado a todos y cada uno de los soldados americanos participantes en una determinada operación cuántos comunistas habían sido muertos.

"Ahora bien, casi todas las unidades destacadas al Vietnam tienen soldados de Texas, y ya se sabe que los tejanos, prescindiendo de lo que los demás hagan, abultan mucho las cifras, afirmando que han matado más que nadie, con lo que pronto se planteó el problema de la inexactitud estadística. Para mayor complicación, los combatientes del Vietnam del Sur se percataron inmediatamente de que no había manera más fácil de complacer a los americanos que informar, exagerando, de grandes cantidades de bajas enemigas. Cuantos más cadáveres se anotasen, más provisiones, medallas y ascensos. Pronto, los soldados de Saigón superaron a los mismos americanos en el hiperbólico estilo de dar noticias sobre bajas enemigas".

—No parece que haya nada de malo en esto —dije yo al oírlo—. Después de todo, nadie se ve perjudicado.

—Cierto —repuso Moody—, pero la complicación vino cuando las cifras llegaron al Pentágono y fueron publicadas. Porque resultaba que en sólo dieciséis meses habían desaparecido todos aquellos a quienes se podía matar.

—Eso no puede ser.

—Sí puede ser. Lo que se hizo es organizar un nuevo sistema para contabilizar bajas enemigas, de modo que hiciera posible probar que estábamos derrotando a los comunistas, garantizando al mismo tiempo el hecho de que todavía quedaban los suficientes como para justificar nuestra intervención.

—¿Cómo se hizo esto?

—Sumamos todos los datos suministrados en un día y dividimos el resultado por seis. Pero como esta cifra resultaba todavía demasiado alta, optamos por establecer una especie de "banco" de cuerpos muertos contados. Cuando las cosas van mal, y la prensa y el público se muestran ansiosos, damos cifras sacadas de ese "banco", de ese depósito, con lo que se prueba que las cosas no marchan tan mal.

—¿Y hace usted lo mismo respecto de Camboya?

—Bueno, allí el acento se ha puesto primordialmente sobre pertrechos bélicos más que sobre muertos, pero obtenemos buenas cifras: estamos capacitados para poder informar diez bajas enemigas por cada tonelada de arroz capturada, lo cual es suficientemente satisfactorio.

—Pero hay un problema: ¿cómo es posible reconocer en Camboya si un muerto es soldado de Vietnam del Norte o camboyano?

—¡Oh! —exclamó Moody—. Eso lo deciden los antropólogos.

(Copyright 1970, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)

de 1970 las «elecciones del miedo», como lo fueron para Francia las de 1968?

¿Hacia qué cambios políticos puede llevar el movimiento social de estos momentos?

Y, de todas formas, ¿cuáles serán sus repercusiones sobre el desarrollo económico italiano?

Trataré de responder a estas tres cuestiones en la próxima semana. ■ GILLES MARTINET.

Suiza

«LA INVASION EXTRANJERA»

Dos cifras y un hombre han provocado un importante referéndum que tendrá lugar en Suiza el 7 del próximo junio. Las dos cifras son la de la población del país: seis millones, y la de los extranjeros que allí viven: un millón. El hombre es James Schwarzenbach, de cincuenta y nueve años, diputado de Winterthur, donde tiene una empresa de construcciones mecánicas, y quiere, según sus propias palabras, «librar a Suiza de todos esos elementos que amenazan con poner en peligro su cohesión nacional». Para ello propone limitar hasta un 10 por 100 el número de extranjeros que podrán ser admitidos en cada uno de los cantones que componen la Federación. De adoptarse este proyecto, trescientos mil obreros extranjeros (en su mayoría españoles e italianos) serían devueltos a sus países de origen. Al mismo tiempo se frenaría seriamente el «boom económico» suizo, paralizándose un gran número de empre-

sas que utilizan mucha mano de obra extranjera, en especial la hostelería y la construcción mecánica.

Para conseguir sus propósitos, James Schwarzenbach ha lanzado primero una campaña contra lo que él llama «la invasión extranjera», campaña que ha indignado hasta a un rotativo ultraconservador de Zurich, que ha comentado: «Suiza, país tradicionalmente conservador, está infectado de una terrible enfermedad, la xenofobia e incluso el racismo».

Schwarzenbach, que pretende luchar «por la salvación del país», ha reunido 70.000 firmas, obligando así a las autoridades a organizar un referéndum a escala nacional sobre la superpoblación extranjera.

El Gobierno, las Iglesias, el patronato, los sindicatos y los partidos políticos han condenado unánimemente la empresa de James Schwarzenbach, pero ni los sindicatos ni los partidos políticos están seguros de sus seguidores o afiliados.

